

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo.—D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

LA CENA DE BETANIA

SEIS días antes de la última pascua se hallaba en Betania Jesús, y allí le convidó a cenar en su casa Simón, llamado «El Leproso», quizá por haber sido curado de aquella enfermedad por el divino Médico de los cuerpos y de las almas.

Betania dista de Jerusalén como una media legua, yendo por la carretera de Jericó; bastante menos si se dobla el monte de las Olivas y se usa un mal camino de herradura que va desde el lugar llamado *Dóminus fevit*, por creerse que allí se verificó el llanto del Señor sobre Jerusalén, hasta la aldea de Betania, que hoy está compuesta de unas cuantas miserables casuchas de mala muerte. En tiempo del Salvador, aunque no fuera muy espacioso aquel arrabal de Jerusalén, tenía, sin embargo, mucha más importancia que hoy, puesto que había en él algunas casas de ricos y gentes principales, tales como Lázaro y Simón. S. Juan pone la distancia de Betania á Jerusalén *quasi stadiis quindecim*, como unos quince estadios, que viene á ser lo mismo.

Apenas había llegado á Betania el Salvador, procedente de las riberas del Jordán, cuando le invitó Simón á una cena, que refieren los Evangelistas S. Mateo, S. Marcos y S. Juan. Lázaro era uno de los convidados, lo cual supone las buenas relaciones entre Lázaro y Simón, ó al menos que no estaban reñidos (según ocurre con frecuencia entre los ricachos de los pueblos, que cada uno quiere ser el amo), y convidando á Jesús, entendió Simón que era una deferencia al huésped invitar á su íntimo amigo Lázaro. En cuánta estima tuviera á Lázaro Jesucristo y cuánto le quería, se desprende con entera claridad del cap. XI de S. Juan dedicado íntegramente á la narración de la enfermedad, muerte y resurrección del hermano de Marta y de María.

Por la razón indicada ó por la anterior, ó lo que es más probable, por ambas juntas, Marta, siguiendo sus naturales impulsos de servir al Maestro, según leemos que lo hizo en otras ocasiones, hacía de camarera; y su hermana María, más aficionada á la vida interna y contemplativa que á la externa y activa, cogió un alabastro de entre los varios que tenía en su tocador y quiso dar á Jesús una prueba de su afecto, rompiendo el alabastro y derramando el perfume sobre la cabeza primero y después sobre los pies del Amado.

Todo el mundo conoce el alabastro; pero no todos saben que la palabra *alabastro* viene de una ciudad de Egipto en la alta Tebaida, donde, según testifica Plinio, comenzaron

á labrarse los vasos para perfumes, que tan célebres se hicieron en el mundo antiguo. En efecto, no solamente los egipcios, sino también los asirios, los persas, los sirios, los fenicios, los griegos y los romanos usaron mucho del alabastro, nombre que pasó á significar toda clase de perfumes finos; porque, habiendo comenzado á llamarse así la materia de los vasos donde se contenían, sirvió después para designar el contenido, siquiera éste se encerrase en un vaso de barro ó de cristal.

de un alabastro. Estos vasos de perfumes, de los cuales se ven algunos ejemplares en los Museos arqueológicos, entre ellos el de Nápoles y el del Louvre, se encontraron en las excavaciones hechas en Nimrud, con inscripciones de Sargon, en las verificadas en Saida (Fenicia), en Chipre, en Egipto y en otras partes.

Cuando la hermana de Lázaro rompió el alabastro y derramó sobre la sacratísima cabeza y sacratísimos pies del Salvador el un-

ta; pues mientras S. Juan solamente hace mención de Judas, S. Marcos dice *quidam* sin especificar y S. Mateo *discipuli*, ambos en plural. Y es que sin duda alguna, movidos por la razón especiosa aducida por Judas para ocultar su avaricia, consintieron en la murmuración y ayudaron al murmurador. S. Juan se encargó de poner las cosas en claro, descubriendo las perversas intenciones de Judas, que no pensaba en los pobres, sino en *irregularizar*, en escamotear, en robar (que ese es su nombre) lo que pudiera, cuando aquel dinero fuese á parar á sus manos, toda vez que era él el encargado de la administración de los bienes que pertenecían al colegio apostólico.

Esta lección de Judas, del judío Judas, no la olvidaron sus parientes posteriores. Nosotros tuvimos un célebre ministro judío, que superó á Judas sobresaliendo por cima de él

*Quantum lenta solent
inter biburna cupressi.*

Porque si aquel ministro de la hacienda apostólica quería *irregularizar* una pequeñez tan pequeña como 250 pesetas, nuestro ministro, digo el ministro judío que padeció España, no se contentó con *irregularizar* una mezquindad, sino que llevó su robo, ¿por qué no se ha de dar á las cosas el nombre propio? á millones de millones. ¿Con qué pretexto? Con el mismo de Judas; con pretexto de los pobres. Ya comprenderán los lectores qué ministro (de Satanás) fué ese á quien me refiero; pero si alguno lo ignora lo diré poniendo su nombre, MENDIZÁBAL. Que era judío, lo dijeron por entonces los periódicos; y no faltó quien ofreciera una fuerte suma al que presentara la partida de bautismo del que se llamó *Mendizábal* sin serlo, porque no era ese su apellido. Después Drumont demostró en *La Francia Judía* que efectivamente era Mendizábal de origen israelita, y nosotros hemos experimentado y estamos aún sufriendo los efectos de la sangre judía (esto es, de Judas Iscariote), de aquel ministro.

Y si alguno dudase de que los motivos que adujo Mendizábal para *irregularizar* nuestra hacienda no son distintos de los que propuso su pariente el Iscariote, lea las leyes desamortizadoras con sus preámbulos y lo verá.

Como algunos discípulos en la cena de Betania se hicieron eco de las quejas de Judas contra María por haber echado á perder, como él decía, el perfume del frasco, así también después del incomparable Mendizábal ha habido muchos que le hicieron coro, pretendiendo justificar sus atrocidades con pretexto de los pobres y con otros pretextos. Yo conocí uno, que era abogado y tan amigo de la justicia, que no consentía jamás on que se perjudicara al prójimo á sabiendas ni en un ma-



Por eso reciben el nombre de alabastro los vasos dedicados á la perfumería en la antigüedad, sean de la materia que fueren. Los había, y era lo más común, de alabastro; también de vidrio blanco ó esmaltado, de onix, de arcilla pintada, de plata y hasta de oro; pero todos ellos con una forma parecida. De tal suerte, que Plinio, para describir y dar á conocer una clase de perlas alargadas como una pera, dice de ellas que tienen la figura

güento ó perfume que contenía, comenzó á refunfuñar Judas, porque le parecía (así decía él) que aquello era un gasto inútil, y que mejor hubiera sido vender el alabastro en trescientos dineros (cerca de mil pesetas hoy; entonces como unas 250) y darlos de limosna á los pobres. Esta murmuración del discípulo traidor tuvo, como suele ocurrir, sus panegiristas entre los asistentes. Así se entienden los testimonios comparados de los Evangelis-